

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 19 DE NOVIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

La defensa de la escuela laica

Los católicos de Bélgica acaban de triunfar en las elecciones generales de renovación parlamentaria, con un programa cuyo fundamento es la oficialización indirecta, pero no menos efectiva, de las escuelas confesionales de ese credo. El objeto es hacer competencia por medio de subvenciones nacionales que sumarán muchos millones de francos, a las escuelas laicas costeadas por las municipalidades liberales y socialistas, o sea, en términos más generales, la propaganda de la religión por medio de la escuela.

Este triunfo es un resultado parcial de la campaña emprendida en todo el mundo por los católicos para la reconquista de la escuela fiscal cuya neutralidad en materia religiosa es también un fundamento del liberalismo. Desde unos pocos años ha, los católicos forman en el mundo entero, sin exceptuar los mismos países protestantes, el núcleo de concentración de los elementos reaccionarios que representan el orden social, contra los que quieren transformar este estado de cosas, en algo mejor para todos los hombres; y como aquella concentración es, sin duda, una fuerza, sus elementos más representativos, o sea los católicos, procuran sacar de ella todo el provecho posible, empezando por el de dominar la escuela que es la fábrica de la sociedad futura.

Obligados por la crítica y la acción directa de las masas obreras, a quitarse la careta de liberalismo metafísico y doctrinario bajo la cual encubrían su naturaleza inevitablemente despótica, las instituciones se han puesto o van poniéndose en todas partes al servicio de la reacción, hasta demostrar con ello que mientras sea necesaria, o mejor dicho fatal, la existencia del gobierno, el éxito posible de los elementos liberales consiste en obligarlo a permanecer neutral ante el dominio de la libertad privada. Lo que interesa es que el gobierno prescinda, y esto con mayor razón en el campo de la conciencia que en el de la política electoral; de manera que la tal prescindencia viene a constituir la más sólida garantía de libertad. Por ello es de la más alta conveniencia mantener la neutralidad religiosa del estado en la escuela, o sea la igualdad del derecho a creer, para todas las conciencias, y como este verbo «creer» define la totalidad del

espíritu, dado que todas nuestras facultades y enseñanzas producen por fruto definitivo una creencia, vale decir, el sistema personal de pensar y proceder, el asunto interesa a todos los espíritus liberales, desde el filósofo hasta el obrero, imponiéndoles el deber de contribuir a establecer la neutralidad y defenderla donde se encuentre amenazada.

La igualdad de conciencia, que es, así, la fórmula práctica de la libertad, por cuanto ella garantiza a cada individuo la facultad de formarse un sistema de pensar y de proceder conforme a su razón, produce este otro resultado, también precioso, de la escuela neutral: que ella sólo enseña la verdad demostrada. Con esto, da a todos los ciudadanos el mismo incontestable fundamento para raciocinar, o sea para formarse con sus propios medios su sistema de

pensar y de proceder; y esto, no por la fuerza impositiva de un dogma o de una autoridad sino por el método científico que consiste en una serie de proposiciones cuya aceptación corresponde a cada espíritu, siempre que le resulten racionalmente aceptables; es decir, por medio de la demostración y de la experiencia. Así, la libertad humana es el principio, el método y el objeto de la enseñanza.

En la escuela confesional impera un dogma, es decir, una obediencia que no admite contralor experimental ni raciocinio; antes rechaza estas operaciones que constituyen la diferencia superior del hombre en el mundo animal del que físicamente forma parte, como faltas posibles del mayor castigo; o sea de la condenación eterna. Todo espíritu que vea en este método de enseñanza un mal, y en la neutralidad un bien para la libertad humana, no puede permanecer indiferente a dicho problema, allá

(Pasa a la página 130).

HOY, COMO AYER

La calumnia y los hombres públicos

SIEMPRE se ha calumniado a los hombres públicos. Pero, sobre todo, a los caudillos revolucionarios y a los jefes liberales. Las figuras representativas de la democracia han sido las predilectas de la calumnia.

Los hombres de la Revolución francesa fueron calumniados por sus contemporáneos, primero, y después, por la Historia. ¿Qué no se dijo, por ejemplo, de aquel terrible Marat? Según madame Roland, era un monstruo sin nada de común con la Naturaleza humana. La posteridad recogió ese juicio. Saint Beuve lo considera como un energúmeno. Carlyle le llama «médico de caballos», «médico de perros», y añade: «hombre repugnante, exterior e interiormente; hombre maldito, engendro cruel de la Naturaleza». Sin embargo, aún concediendo que «este» Marat sea rigurosamente histórico, no es «todo» Marat. Fuera de la política tormentosa de la Revolución, Marat es un hombre de ciencia, un investigador de verdadero mérito. Médico

del conde de Artois, reunía la clientela más elegante de París e hizo curas que extendieron su celebridad al extranjero. Sus investigaciones sobre el fuego, la luz y la electricidad le dieron una reputación científica de primer orden; varios de sus trabajos merecieron ser premiados por las Academias, y contemporáneos suyos, dentro y fuera de Francia, le prodigaron los mayores elogios. ¿Quién, leyendo a sus detractores, se imagina a Marat—, que, según Taine, no decía ni escribía más que cosas grotescas—, naturalista, inventor, colaborador de las más importantes publicaciones científicas de su tiempo, elogiado por hombres como Le Sage y Buffon, admirado por Franklin, citado por el gran Goethe como un innovador, como un revolucionario de la ciencia?

No fué menos calumniado Danton. Los hijos del grande hombre, abrumados por la opinión, renunciaron al glorioso apellido y fueron a ocultar su vergüenza en el fondo de una provin-